



## Capítulo 240 - Las consecuencias de la batalla

Vergil reapareció, estrellándose contra el suelo de la mansión, con el cuerpo pesado como el plomo. El impacto hizo temblar ligeramente el suelo, pero ni siquiera intentó amortiguar la caída. El agotamiento lo invadió de golpe, como si su cuerpo finalmente se hubiera dado cuenta de la enorme carga que había soportado.

"Ah... ah..." Jadeando, sintió cada músculo protestar, cada célula gritar desafiante. La batalla había sido intensa y, por mucho que odiara admitirlo, había terminado en empate.

"Maldita sea... ¡Para ya!", murmuró mientras intentaba levantar los brazos, pero estos simplemente se negaron a responder. "Dije que pararas". Su voz denotaba una creciente irritación, y entonces, como si su propio cuerpo le temiera, la energía que lo inmovilizaba se desvaneció.



"Mierda... Me... Me dieron...", susurró entre jadeos, mientras su mente intentaba reconstruir el momento exacto en que el ataque lo había afectado. Su cuerpo se acaloraba, sus venas latían como si estuvieran a punto de estallarle la piel.

"Fue el momento en que apareciste frente a él."

La voz interrumpió sus pensamientos y, al levantar la vista, vio dos figuras femeninas observándolo. Zafiro y Sephirothy no parecían contentas.



—En serio, si me vas a dar un sermón, hazlo ya —se burló Vergil, frotándose la cabeza, sintiendo que su cuerpo ya empezaba a recuperarse a un ritmo exponencial.

Zafiro se acercó sin dudarlo, se agachó frente a él y le agarró la cara, girándola bruscamente hacia un lado. Su expresión se ensombreció al examinarle el cuello.

—Te distrajiste. —Su voz tenía una mezcla de ira y preocupación.

Vergil no lo entendió al principio, pero al sentir su tacto, lo comprendió. Sus venas latían con fuerza, y una decoloración negra se extendía desde un solo punto de su cuello, como si la carne circundante se estuviera necrosando lentamente.

"No estaba en condiciones de analizar cada detalle, considerando que estaba luchando contra tres oponentes a la vez", replicó irritado.

"¿En serio?" Sephirothy se inclinó, examinando la herida con atención. "Maldición de la Muerte... igual que la que usaron con Viviane. Pero esta vez, ese bastardo sí quería matarte."

Levantó la mano, y un resplandor púrpura y dorado irradiaba de sus dedos mientras trazaba runas en el aire. El poder mágico se condensó, formando un círculo místico lleno de símbolos antiguos.

"Hazgad Baxxe."

Las palabras resonaron en un idioma olvidado, y una oleada de energía recorrió el cuerpo de Vergil. El dolor ardiente fue rápidamente reemplazado por un alivio inmediato al erradicarse los restos de la maldición.





Vergil exhaló lentamente, sintiendo que el peso de la muerte se disipaba. Pero la rabia... aún ardía.

Se pasó una mano por el cuello, donde la corrupción de la maldición había latido como un cáncer. Ahora, solo quedaba un leve hormigueo.

"Así que eso fue todo..." murmuró, con la mirada fija en un punto distante mientras su mente repasaba los acontecimientos de la batalla.

—Esta vez tuviste suerte. —Sephirothy se levantó, cruzándose de brazos—. Si no hubiéramos sellado esa maldición rápidamente, tu cuerpo ya se estaría pudriendo por dentro.

Vergil se burló, presionando las manos contra el suelo y obligándose a ponerse de pie. Aún sentía las piernas pesadas, como si plomo fundido corriera por sus venas, pero se negó a mostrar debilidad.



—Sí, ya me lo imaginaba. —Se crujió el cuello, como intentando quitarse de encima la persistente incomodidad—. Pero ese cabrón no tendrá una segunda oportunidad.

Zafiro permaneció en silencio durante unos segundos antes de suspirar.

—Vergil, ¿te das cuenta de lo que esto significa, verdad?

Él levantó una ceja, mirándola. "Significa que la próxima vez le arrancaré la cabeza a ese maldito Espectro".



Ella negó con la cabeza. "Significa que estaban preparados para ti. Esto no fue un accidente. Sabían que aparecerías y tenían algo listo para detenerte".

Virgilio se quedó en silencio por un momento.

Ella no estaba equivocada.

Specter, Dante, Seraphina y Lucian... ese no había sido un encuentro casual. Era como si lo hubieran estado esperando.

La mirada de Virgilio se agudizó.

—Así que quieren jugar. —Sonrió con sorna, pero sin humor, solo con una expresión fría y cortante—. Bien. Porque ahora yo también voy a jugar.

Sefirot y Zafiro intercambiaron miradas. Reconocieron ese tono. Vergil podía ser impulsivo, arrogante y completamente caótico, pero cuando hablaba así... significaba que alguien estaba a punto de morir.

Y esta vez, iba a ser personal.

—Muy bien, ahora... —Vergil intentó enderezarse, pero en cuanto apoyó el peso en las piernas, su cuerpo cedió. El mundo giró por un instante, y antes de que pudiera tocar el suelo, unos brazos firmes lo sujetaron.

Zafiro lo sostuvo contra ella, sujetándolo sin esfuerzo.

—Siempre haces esto —gruñó, con una mezcla de irritación y preocupación en su voz—. Te lanzas a la muerte y luego finges que no ha pasado nada.





Vergil dejó escapar una risita baja, incluso mientras sus músculos ardían en protesta.

—Estoy bien —murmuró, intentando apartarse, pero ella lo sujetó con firmeza.

—No, no lo eres. —Su tono era firme, sin dejar lugar a discusión.

Suspiró, apoyando parte de su peso sobre ella, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el suyo. Zafiro no era precisamente amable, pero si estaba preocupada, significaba que las cosas estaban peor de lo que él quería admitir.

Sepphirothy se acercó más y examinó a Vergil de la cabeza a los pies.

"Estás ardiendo por dentro." Observó, observando cómo su piel aún latía con calor residual. "Tu cuerpo aguantó el daño durante la pelea, pero ahora que la adrenalina se ha ido, está pagando el precio."



Virgilio se burló.

Genial. Eso significa que sigo vivo.

Zafiro puso los ojos en blanco.

—Idiota —murmuró, ajustándose el peso de él—. Vamos, salgamos de aquí antes de que te caigas de bruces al suelo.



Por primera vez esa noche, Vergil no protestó. Simplemente aceptó la ayuda sin quejarse.

Zafiro y Sefirot prácticamente arrastraron a Vergil hacia la sala. Sus pasos eran pesados, no porque fuera difícil de cargar, sino porque aún intentaba moverse solo, lo que solo hacía las cosas más frustrantes.

—Deja de resistirte, por el amor de Dios —gruñó Sapphire, apretándolo con más fuerza—. Si quieres hacerte el duro, hazlo cuando no estés a punto de desmayarte.

Vergil puso los ojos en blanco, pero no discutió. En el fondo, sabía que si intentaba caminar solo, probablemente se desplomaría a mitad de camino.

Cuando llegaron a la sala, las demás ya estaban allí: Katharina, Roxanne, Ada, Stella y Raphaeline. En cuanto vieron su estado, sus expresiones oscilaron entre la preocupación y la exasperación.



Sin ceremonia alguna, Zafiro y Sephirothy lo arrojaron al sofá y Vergil aterrizó pesadamente contra los suaves cojines.

"¿Qué demonios fue eso?" Katharina levantó una ceja y se cruzó de brazos.

—Simplemente lo tratamos como se merece —respondió Sephirothy, limpiándose las manos como si acabara de quitarse un peso de encima.

"Tienen una forma extraña de demostrar afecto", comentó Roxanne con un tono divertido mientras se acercaba para verlo mejor.

Vergil se burló, frotándose la frente.

"¿Todos ustedes tienen algo contra mí o qué?"

Ada rió suavemente.

"No contra ti. Solo contra tu hábito de volver siempre hecho un desastre."

Stella suspiró y se agachó junto a él.

"Déjame adivinar: ¿asumiste un problema más grande del que debías y casi mueres en el proceso?"

Raphaeline simplemente meneó la cabeza.

"Nunca aprendes."

Vergil cerró los ojos un momento, exhalando lentamente antes de esbozar una sonrisa cansada. "Bueno... si no lo hice yo, ¿quién lo haría?"

Se burló y habló. «Mis tres esposas son unas bellezas perezosas, mis dos suegras son limitadas, mi Zafiro está loca, mi madre...» Vergil se quedó en silencio, mirando a Sephirothy. «Ella es simplemente... ella».

Las mujeres intercambiaron miradas, algunas poniendo los ojos en blanco, otras simplemente suspirando.

Entonces Katharina acercó una silla y se sentó frente a él, apoyando la barbilla en su mano.





Bien, entonces habla. ¿Qué pasó ahí fuera? ¿Qué descubriste?

Vergil sonrió levemente, sintiendo el peso del agotamiento sobre sus hombros.

Sabía que esta conversación iba a ser larga.

[En un club de motociclistas, a las afueras de Los Ángeles]

El bar del club de motociclistas estaba tenuemente iluminado, impregnado de un intenso olor a gasolina, cuero y alcohol. El sonido apagado de una vieja melodía de blues sonaba en una gramola, mezclándose con el parloteo de los motociclistas dispersos por el lugar: algunos jugando al billar, otros riendo a carcajadas mientras se pasaban botellas de whisky barato.

Alexa estaba sentada sola en uno de los taburetes altos del bar, con su botella de cerveza medio vacía girando ociosamente entre sus dedos mientras sus pensamientos martillaban implacablemente.



Virgilio.

La forma en que la trataba.

Como si fuera frágil. Como si necesitara protección.

Ella frunció el ceño y tomó un largo trago de cerveza, tratando de ahogar esa sensación irritante que subía a su pecho.

Fue entonces cuando notó la presencia a su lado.





Un hombre se sentó en el taburete junto al de ella, arrojó un paquete de cigarrillos sobre el mostrador y le hizo un gesto al camarero para que le llenara un vaso de bourbon.

"Estás lejos de casa, hermana."

La voz áspera y familiar hizo que Alexa se congelara por un momento.

Entrecerró los ojos incluso antes de girar la cabeza; sus instintos ya se agudizaban. Y entonces, cuando finalmente miró a su lado, vio un rostro que no había visto en años...

"¿Hermano?" Su voz salió en un susurro casi incrédulo.

El hombre frente a ella sonrió levemente, una sonrisa mezclada con nostalgia y algo más... algo oscuro.

Levantó una mano, bajando el cuello de su camisa lo suficiente para revelar el borde de una cicatriz larga y profunda que le atravesaba el pecho.

